

PEIRÓ ARROYO, Antonio, *Jornaleros y mancebos. Identidad, organización y conflicto en los trabajadores del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 2002, 212 págs.

La concepción del presente libro arranca de un planteamiento ambicioso por parte del autor al aportar nuevas líneas de interpretación a un tema de tratamiento muy escaso por parte de la Historiografía española y europea: el papel del trabajo asalariado dentro de la sociedad y economía preindustrial. A este abandono no sólo han contribuido las evidentes dificultades para hallar documentación adecuada que sustente su análisis. La convicción arraigada entre los historiadores de que este campo de estudio debía ceñirse al período contemporáneo, que acoge unas relaciones capitalistas plenas, ha obrado en idéntica dirección: sólo el advenimiento del sindicalismo derivado de la industrialización durante el siglo XIX legitimaría así el análisis del proletariado. Sin embargo, argumenta el autor, las asociaciones de oficiales artesanos cuentan con una antigüedad mucho mayor, al constatarse ya desde la Baja Edad Media. Dentro de un espacio geográfico limitado, por lo común un núcleo urbano, agruparon fuera del taller a personas de idénticas profesiones y condiciones de trabajo similares, así como canalizaron sus reivindicaciones laborales.

Tras este esquema preliminar, Peiró dedica el resto de su estudio a analizar el desarrollo del trabajo asalariado durante la Edad Moderna en un espacio concreto: Aragón. De forma acertada, enmarca este proceso dentro de la fuerte reestructuración sufrida por la economía de este territorio a partir del Seiscientos. Al hundimiento de la industria nativa y predominio mercantil francés se une una orientación cada vez más aguda de las actividades económicas hacia la producción y exportación de materias primas. El siglo XVIII aporta como novedades la desaparición de las aduanas interiores gracias a los decretos de Nueva Planta y, ya durante la segunda mitad de la centuria, la progresiva penetración del capital catalán en el reino aragonés y cierta recuperación de la actividad industrial en Zaragoza.

Esta evolución económica favorece el desarrollo de un proletariado creciente ocupado tanto en tareas agrícolas como en la industria, bien documentado gracias a los censos y catastros aragoneses preservados para el Setecientos. La paulatina concentración de la propiedad de la tierra por parte de clérigos, nobles, burgueses y los campesinos más acomodados provocó en Aragón, al igual que en el resto de España, el descenso de los labradores y el aumento de jornaleros conforme crece la población durante la centuria. A idéntico proceso se asiste en la industria al perpetuar el oficial o mancebo durante el Seiscientos su dependencia laboral al ver dificultado su acceso a la maestría mediante diversas trabas de carácter económico dispuestas dentro del mismo gremio tras su sanción por parte de las autoridades públicas. Según el autor, estas dificultades se comprueban destinadas a privilegiar a los hijos de los maestros desde las décadas finales de la centuria.

Una vez descrito este proceso, el autor repasa las condiciones de vida de los asalariados en el medio rural y urbano. En su mayoría casados, los jornaleros agrícolas contraían matrimonio en edades tempranas y constituían familias mono-nucleares que privilegiaban la permanencia en el hogar de los hijos al hallarse su descendencia femenina expuesta en mayor medida al abandono en instituciones benéficas o encaminada de forma temprana al servicio doméstico. Apiñados en aquellas zonas más pobres e insalubres de los núcleos habitados, con frecuencia compartían vivienda con otras familias y carecían de toda propiedad rústica. Su trabajo, regulado por las autoridades públicas, asumía una clara movilidad geográfica derivada de la progresiva integración del mercado regional acaecida en Aragón desde el siglo XVII. Con menor información disponible, los oficiales artesanos compartían idéntica precariedad al no poder sufragar los cada vez más costosos exámenes de maestría. Con todo, trataban de soslayar estas dificultades bien mediante la emigración desde la ciudad hacia núcleos rurales donde se erigiesen menos trabas para desempeñar su trabajo o bien mediante el alistamiento temporal en el ejército real a cambio de un permiso municipal para ejercer su oficio sin pasar el preceptivo examen gremial tras su licencia.

Consecuencia de su bajo nivel de vida, los asalariados plantearon frecuentes reivindicaciones laborales durante el Antiguo Régimen. El autor describe así los conflictos propiciados por jornaleros agrícolas al demandar aumentos de salario en el siglo XVII, así como el uso de la emigración temporal como medida de presión frente a las regulaciones municipales. La renovación de estas tensiones durante la segunda mitad del siglo XVIII propició intervenciones de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País hacia fines de la centuria tendentes a imponer una jornada de trabajo más amplia y regular.

En claro contraste, las reivindicaciones de los asalariados de la industria hallaron su cauce mediante la creación desde principios del Seiscientos de sus propias organizaciones. Conocido su funcionamiento teórico gracias a la preservación de sus estatutos, conocieron su mayor apogeo entre 1675-1850. Los conflictos entre oficiales y maestros, numerosos en los siglos XVII y XIX, se centraron en el control del mercado del trabajo, el acceso a la maestría y la fijación del salario percibido por estos oficiales. Una vez más, si bien la Real Sociedad Económica Aragonesa se mostró contraria a las tasas de examen, intentó restar poder a los oficiales artesanos mediante la derogación de sus organizaciones. Junto a las reivindicaciones de particulares o gremios aislados, Peiró analiza la protesta colectiva a través de dos ejemplos. Resultado de una crisis de subsistencias, el motín del pan de 1766 será protagonizado en Zaragoza por jornaleros y oficiales frente a labradores y maestros gremiales, quienes apoyarán el fin de la protesta y la vuelta al orden recabada por las autoridades. Conocido como “motín de los verdes”, la oposición a los diezmos desatada en 1828 agrupó en la capital aragonesa junto a los jornaleros a sectores sociales más amplios y precedió a estallidos similares acaecidos en 1835, en plena revolución liberal.

Los últimos capítulos del libro van destinados a analizar el proceso de disolución gremial y el surgimiento de una conciencia de clase a fines del Antiguo Régimen. La creación de nuevos gremios de oficiales y la aprobación de sus Ordenanzas durante el siglo XVIII, así como la escasa incidencia de las reformas de la monarquía borbónica sobre esta materia a fines de la centuria, otorgan mayor peso en la disolución gremial al hundimiento de la industria textil durante la guerra de Independencia las reformas liberales y la fuerte inestabilidad laboral jornalera acaecida entre 1818 y 1840. La progresiva separación en la condición social y económica de maestros y mancebos en la Zaragoza del Setecientos sirve al autor para poner en cuestión la existencia de una conciencia vertical de oficio. Algunos acontecimientos aislados, como la clara alianza entre el proletariado agrario e industrial en el motín de Zaragoza de 1766, parecen auspiciar el despertar de una conciencia de clase entre los asalariados a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Matizada por los inicios de un sentimiento nacional suscitados en España por la Guerra de Independencia, esta conciencia se demuestra más fuerte entre los asalariados industriales: la línea divisoria se situaría no ya en el examen de maestría, sino en la propiedad de taller. En este sentido, los sistemas de organización de los oficiales se revelan semejantes a los desarrollados por las primeras asociaciones obreras surgidas en el último tercio del siglo XIX. La creación de sociedades de socorros mutuos actuaría de enlace en este asociacionismo, que abandonaría de forma progresiva su carácter religioso y asumiría una concepción social más laica.

Como valoración, resulta patente el esfuerzo del autor por salvar las dificultades planteadas por la escasez de bibliografía y explicar la formación del proletariado agrario e industrial en Aragón durante la Edad Moderna. Entre sus aportaciones, encuentro de gran interés la ligazón expuesta entre la formación del proletariado y la reestructuración de la economía aragonesa o entre la organización de oficiales y el primer asociacionismo obrero. Con todo, considero conveniente resaltar la omisión de diferentes aspectos que hubiesen permitido conformar una obra más plena. Desde el punto de vista metodológico, el énfasis del autor en la documentación legislativa y judicial sobre otras fuentes históricas —entre ellas, las notariales— impone con frecuencia un planteamiento mucho más teórico que impide profundizar en la práctica cotidiana del mercado laboral. De igual modo, los procesos constatados en Zaragoza tienen un peso excesivo en las conclusiones generales del estudio en perjuicio de los núcleos más agrarios del reino. En el planteamiento inicial, requiere mayor atención el desenvolvimiento de los gremios en Aragón durante la Baja Edad Media y el Quinientos para ponderar los procesos económicos y sociales acaecidos durante los siglos XVII y XVIII. Nada se dice así de las consecuencias de la escasa integración de los artesanos mudéjares y moriscos en el sistema gremial al utilizar éstos el marco de la familia en sus relaciones laborales hasta su expulsión en 1610. La cerrazón endogámica en el acceso a la maestría, cuya importancia es situada por

el autor a partir de fines del siglo XVII, es una estrategia ya documentada para la Baja Edad Media. Moderadas durante la expansión económica del Quinientos, las facilidades otorgadas a los hijos de los maestros cobran fuerza a fines de esta centuria y en la primera mitad del Seiscientos: por este motivo surgen como protesta asociaciones de oficiales en Zaragoza desde principios del siglo XVII. Sería conveniente aclarar en mayor medida los objetivos de los poderes públicos al regular el mercado laboral para explicar su grado de compromiso con los maestros gremiales y los propietarios de la tierra. Si bien la progresiva diferenciación económica y social entre maestros y mancebos en la Zaragoza del siglo XVIII dificulta la consolidación de una conciencia vertical dentro del gremio, no considero oportuno concluir —como el autor— su inexistencia para todo el territorio aragonés durante el Antiguo Régimen. Al igual que en las relaciones entre gremio y poderes públicos, es conveniente matizar el desarrollo de la identidad social en función de transformaciones económicas, políticas y culturales. Por último, una ligazón mayor entre el estudio empírico y la bibliografía sobre conflictividad laboral disponible hubiera conferido mayor solidez al trabajo. En este sentido hubiera resultado muy útil la elaboración de unas conclusiones que agrupasen los aspectos tratados en los sucesivos capítulos, resaltasen los cambios que el desarrollo del proletariado introduce en el Aragón Moderno e incardinasen los resultados en líneas de debate en curso sobre el papel del conflicto o la negociación en la forja de la identidad social y las transformaciones económicas en el mundo del Antiguo Régimen.

*José Antonio Mateos Royo*